

V

La Brève y su hija hablaban en el comedor, como dos amigos que han estado mucho tiempo sin verse. Evelina tenía mil preguntas que hacer, respecto de su familia, de sus relaciones y negocios; le gustaba enterarse de cuanto la concernía, á fin de no cometer, en el curso de su nuevo género de vida, esos errores que, á veces y sin razón, clasifican á una joven de necia, cuando solamente es ignorante ó aturdida.

Elmira interrumpió la conversación, anunciando:

—Los señores Nollard y Max Buxy.

Entraron, uno dándose mucha importancia, y lleno de curiosidad el otro. Aunque uno esté decidido á no casarse, nunca es del todo indiferente la presencia de una joven bella, de diez y ocho años.

Los visitantes se sentaron. Nollard no dejaba apenas que hablasen los demás, tenían bastante con escucharle: por eso, Max pudo consagrar al examen de su joven vecina, los ocios que le dejaba la conversación.

Le pareció encantadora. Sus cabellos castaños, ondeados naturalmente, formaban un ligero marco á los delicados rasgos de su cara: los ojos, muy parecidos á los de su padre, aunque de un azul menos puro, tenían una expresión de sencilla franqueza, que inspiraba confianza; su sonrisa era todo lo más expresiva y bonita que pudiera imaginarse. Pero cierta reserva, rayana en frialdad, echaba un á modo de velo sobre

toda aquella gracia y parecía incompatible con la soltura de su aspecto.

—Vengan Vds. á ver mi bola,—dijo Nollard, al cabo de un cuarto de hora, y tenía verdaderamente cierto mérito, por no haber hablado de ella antes, pues su visita no tenía otro objeto.—Creo que es la mayor que existe en Francia; he mandado romper el molde para que no se fabriquen otras iguales, al menos de que lo rehagan...

—¿Una bola?—preguntó, cortésmente, La Brève.

—Sí, una bola de vidrio estañado; en ella se ve pasar los trenes; es muy interesante, se lo aseguro. Puede que á la señorita le guste...

Eva miraba á su padre, sin saber si debía tomar la proposición en serio.

—Es verdaderamente enorme—afirmó Max—y en cuanto á los trenes, se los ve pasar, señorita, es cierto.

Buxy guardaba una sangre fría pasmosa; la joven se incomodaba por no poder averiguar si se burlaba ó no.

—¡Vamos, pues!—exclamó buenamente La Brève, que no quería disgustar á nadie, aunque su vecino le inspirase muy poca simpatía.

Se pusieron en marcha; Eva había cogido al paso un sombrero de campo, que daba sombra á su rostro y la favorecía mucho; Max la miraba á hurtadillas, como se mira una flor rara ó una obra de arte, en un salón en que no se tiene gran confianza. Tenía ganas de hablarla, y no sabía cómo iniciar la conversación. En el momento en que se disponían á atravesar la carretera,

un familiar tirado por cuatro caballos apareció en un recodo, y estuvo á punto de atropellarlos.

—¡Qué despeñadero! —gruñó Nollard— ¡vaya un modo de guiar! ¡Me parece que ese individuo debía abandonar el pescante! ¡Pues no tiene pinta de cochero!

El cochero era un buen mozo, alto y rubio, que en efecto no tenía aspecto de auriga. Con una flor en el ojal, nariz impertinente, vestido con exquisita elegancia, desdeñaba desde su pescante, á los peatones. Un pequeño grito, lanzado detrás de él, por una de las mujeres que charlaban en el imperial le impulsó á dirigir una mirada á los «burgueses» que contemplaban su paso.

—¡Pero, para, hombre! —le gritó su hermana— ¡es Evelina de La Brève!

Detuvo sus caballos con la habilidad que hubiera honrado al mismo Hipólito.

—Mi hermano Huberto—dijo la señorita de Tréméguy, levantándose de su asiento.—El señor de La Brève, la señorita de La Brève...

Huberto se levantó, con un movimiento rápido, saludó, y volvió á sentarse, todo con la perfección de una obra maestra de mecánica, y sin soltar las riendas. Odette, de pie, en el carruaje, parecía muy á sus anchas.

—¿De manera, que vives aquí?—preguntó, mirando atentamente las vallas, encima de las cuales se alzaban, por un lado las adornadas almenas de la propiedad de Nollard, y por otro, el tejado respetable de la Roseraie.

—Aquí,—repuso Eva, señalando la casa antigua— ¿No quieres pasar? —añadió, no sin esfuerzo, pues la idea de admitir tan encofetada compañía en su modesto hogar, la producía un pequeño estremecimiento de humillación.

—¡Qué cosas tienes! —replicó Odette— ¡con el coche, los caballos... y lo demás!

Lo demás eran dos mujeres jóvenes, tres ó cuatro caballeros y una pareja de edad avanzada, instalada cómodamente en el vehículo.

—Mi hermano y yo volveremos á verte. No creía que viviásemos tan cerca, nuestra casa no dista quince kilómetros de ésta. ¡Hasta pronto!

Agitó su enguantada mano, saludando á la última moda; Hubert se quitó el sombrero y se lo volvió á poner, con una precisión que evocaba en su presencia un mecanismo de relojería, y luego fustigó á sus caballos, que partieron al trote largo.

—¡Qué prudentes son! —dijo Eva siguiéndolos con la vista— ¡Y qué bien educados!

—¿Esos jóvenes?—preguntó La Brève— más bien me parecen algo locos.

—Hablo de los caballos—repuso Evelina, algo seria.

Max la miraba atentamente, tenía muchas ganas de reír, encantado por aquella apreciación en la que creía ver una ironía: pero el rostro de la joven era indescifrable; y Buxy se limitó á abrir la verja de barrotes dorados, que daba entrada á la casa de su tío.

—Miren Vds., ahí está—advirtió Nollard, deteniéndose ante su nueva adquisición.

La Brève y su hija permanecieron mudos, con menos admiración que indiferencia ¡ay! Tan imprevisto efecto, excedía las esperanzas del propietario, que añadió:

—¿Verdad que es enorme?

—Enorme—repitió fríamente La Brève.

—Y mire Vd., se ve el tren dentro... ve Vd... Quiero decir, la línea férrea, con sus postes telegráficos... muy pequeños... ¿no los ve Vd.?

—¡Ya lo creo!—dijo gravemente Eva— Es lástima que no sea todavía mayor... los postes aparecen muy chiquitos; no se podrá reconocer á las personas que vayan en las ventanillas de los trenes.

Buxy lanzó una mirada de agradecimiento á la joven, que, á simple vista, se había hecho cargo de la situación.

—Es verdad, que no se podrá reconocer... pero no importa. Lo esencial es el movimiento, ¿comprende usted, señorita? ¡La locomotora, con sus grandes ruedas, eso es lo bonito!

—En efecto—respondió Eva,—tiene V. razón.

En su severo rostro apareció el resplandor de loca alegría, reprimida instantáneamente; Max experimentó tal placer, que tenía ganas de brincar. ¡Ah! ¡qué bien comprendía á Nollard aquella niña! ¡Y al primer golpe de vista! Eso era prueba de una inteligencia muy despierta.

—¡Oh! señor—dijo de repente el padre de Evelina.—ha cortado. V. su matorral. ¡Qué lástima!

El rostro del propietario se nubló. ¿Le atormentaban todó el día con aquel desgraciado vallado?

—¡Bah!—repuso.—¡Son árboles viejos! Aquí falta aire. ¡Ahora, está mucho mejor; á lo menos, se ve el paisaje!

La Brève no dijo nada. Eva miraba á su alrededor; el vallado le importaba muy poco; pero las soberbias canastillas de geranios que rodeaban á otras plantas ornamentales, le parecían muy bien cuidadas. La de Vigeran, su madrina, no las tenía tan hermosas.

—¿Aquí, ha encontrado V. jardineros, capaces de cultivar tan bien un jardín?—preguntó.

—¿Aquí? No, señorita—repuso Nollard, dándose tono.—He mandado venir un jardinero de París; él ha arreglado todo esto, y me ha proporcionado un ayudante á quien enseñó... Me ha costado un ojo de la cara; pero ha dado buenos resultados.

—¡Muy buenos!

Evelina admiraba, convencida. Mientras el señor de La Brève entablaba con Nollard una conversación de vecindad, Buxy se acercó á la joven, decidido á obligarla á hablar.

—La Roseraie es cien veces más bonita—dijo,—con sus viejos árboles, sus antiguos rosales, y la clemátide. ¡Ah! señorita, ¡la clemátide!

—Está muy abandonada—repuso la joven;—pero, con el tiempo, espero poner todo en orden.

—¡Si viera Vd. lo fastidioso que es el orden, cuando no hay más que eso!

—¿Que eso? ¡Pues estas flores son magníficas!

Evelina había clavado en Buxy dos ojos llenos de sincera extrañeza. Max continuó:

—¿No encuentra Vd. que las flores viejas, tienen

no sé qué de más amable, más íntimo? ¿que las casas antiguas poseen más encanto que las nuevas? que en las seculares paredes, existen recuerdos, sombras, del tiempo pasado... ¡Estoy seguro de que La Roseraie contaría muchas cosas, si pudiera hablar! ¿No le gustaría á V. oirlas?

Max no bromeaba ya; la joven le escuchaba sin comprenderlo.

—La Roseraie es una tierra de familia — contestó Evelina—y esto le da, á nuestros ojos, cierto interés, pero la casa es vieja y fea; había que efectuar tantas reparaciones..

—¿Que sería mejor destruirla?—replicó Max, con disimulada ironía.—¿Acaso preferiría Vd. un castillo como éste? Está bien distribuido: el vestíbulo en el centro, salón, comedor, sala de billar, tocadores en todos los cuartos, agua por todas partes... ¡no falta más que el gas!

—Sería, seguramente, mucho más cómodo—repuso Evelina. Con su gran perspicacia, comprendió la indirecta, por muy disimulada que fuese, y todo su sistema nervioso se rebeló ante el pinchazo.—En todo, me gusta lo elegante, lo cómodo ..

—Y lo moderno—terminó Max.

Permanecieron los dos, frente á frente, llenos de secreta cólera uno contra otro.

—¡Pedante!—pensaba la joven.

—¡Pécora!—decía Max, para su capote.

El resultado fué que se detestaban, así, á primera vista. Si es verdad que existen irresistibles simpatías, no lo es menos que también se encuentra antipatías

irremediables. De común acuerdo, si puede emplearse este término en una ocasión en que el acuerdo no existía ni por asomo, declararon interiormente, que no podrían aguantarse nunca.

La entrevista no se prolongó apenas. Con los imprescindibles cumplimientos, Nollard y su sobrino acompañaron á los de La Brève hasta los confines de su propiedad, y luego, cada uno penetró en su respectiva casa.

—¿Qué te ha parecido la vecinita, sobrino?—preguntó Nollard, al sentarse á la mesa.

—Es ideal, tío. ¡Y además, me parece que tiene los mismos gustos que Vd.!

—¿Crees eso?—preguntó el propietario, que, en su estupefacción, permaneció con el tenedor en el aire.

—¡Estoy convencido! ¡Evelina admira este castillo, sus geranios, las plantas, en fin todas estas cosas!

—Pero no le ha entusiasmado la bola...

—¡Ya le entusiasmará, no lo dude! ¡Hay que conceder algo á la primera impresión! qué diablo!; ¡Pero le ha seducido todo lo demás, lo garantizo!

—Eso demuestra que tiene buen gusto —repuso el imperturbable Nollard.

Continuó comiendo; pero, durante el resto del día, pareció, varias veces, distraído y preocupado.

VI

Antes de que terminase aquella semana, Odette y su hermano se presentaron en la Roseraie, esta vez no se trasladaron en el familiar, sino en un pequeño tilburí, conducido por un magnífico caballo, con arneses de cuero amarillo y guarniciones de plata. Al ruido de las ruedas, Elmira se precipitó á coger las bridas; pero Huberto la detuvo con una seña.

—No lo toque Vd., buena mujer; llame al cochero. Elmira abrió dos ojos como dos platos.

—¡Llamaré á José! —exclamó después de afectar una especie de cálculo mental. Cuando ella no tenía suficiente fuerza para sujetar á un caballo, acudía siempre á José. — ¡Eh! ¡José! ven á cuidar del caballo de este señor!

José llegó, muy despacito, pues se había lastimado trabajando descalzo en la tierra. Su traje dejaba todavía mucho que desear, á pesar del cuidado que tuvo Evelina de proporcionarle un chaleco de cuadra, para las grandes ocasiones, porque, debido al excesivo calor, dicha prenda se hallaba colgada de un clavo, en el depósito de naranjas. Y José se presentó con una camisa de algodón que debió de haber sido á cuadros rojos y azules, sin corbata y sin nada á la cabeza; y se colocó ante el hocico del caballo, que relinchó. Sus palafreneros no lo tenían acostumbrado á tan poco lujo.

—¡Muy bien!—dijo Huberto al animal.—Anuncie—continuó diciendo, á Elvira—al señor y á la señorita de Trémégny.

La buena mujer se apresuró á abrir la puerta del vasto y fresco comedor, en donde se hallaban el señor de La Brève y su hija.

—¿Cómo? ¿Eres tú, Odette?—exclamó Evelina, acercándose á su antigua compañera.

—Te dije que vendríamos .. No te apures—añadió, al ver la mirada ansiosa de su amiga, que buscaba tras de ella.—Estamos solos; mamá no puede cumplir visitas, como sabes.

Después de estos preliminares indispensables, se entabló conversación por todo lo alto. La señora de Trémégny, condenada á una butaca por el resto de su vida, se veía obligada á conceder gran libertad á su hija; la dejaba, que recorriese el país, en compañía de su hermano, cuando éste se encontraba allí. Su casa, llena siempre de gente, en aquella época del año, estaba montada con gran boato; Odette hacía su aprendizaje de gran señora.

—Y no puedes imaginarte lo que gasto —decía riendo.—Mamá chilla, cuando le presento las cuentas. Pero si quiere que aprenda á saber llevar una casa, tiene que concederme cierta generosidad. ¿Y tú, cómo te entretienes? ¿qué haces?

—¿Yo? ¡Nada! Vivo en la Roseraie —respondió Evelina con triste sonrisa. Se había apoderado de ella, súbitamente, una gran melancolía, envolviéndola con un manto húmedo y pesado.

—¡Pero esto es precioso!—Fíjate Huberto; qué

30277

magníficas butacas Luis XIV!... ¿Dónde se encuentran muebles como estos? ¿En Angers? ¿En Nantes?

—Nunca han salido de esta habitación, señorita— repuso el señor de La Brève.—Han sido contruídos expresamente para ella.

—¡Qué suerte tienen Vds.—interrumpió Huberto.—En nuestra casa no queda nada del mobiliario antiguo; ha habido que renovarlo todo, hace cuatro ó cinco años. ¡No teníamos ni una silla en que se pudiera sentar uno! ¡Nuestros antepasados debían de ser cuidadosos!

—Creo que más bien sería culpa de las criadas— replicó el padre de Evelina.—La tradición de la familia ha sido siempre, conservar los antiguos criados, el mayor tiempo posible.

—En mi casa, se cambia todos los meses—dijo fríamente Huberto;—pero este sistema parece que no da buenos resultados.

—¡No tengo yo la culpa!—exclamó Odette.—¡Cuando yo he llegado al poder, ya había esa costumbre!

Se rieron y hablaron de otra cosa.

Evelina mandó servir refrescos, que Elmira colocó sobre la mesa, después de engalanarse, para el caso, con un inmenso delantal blanco, que dañaba á la vista. Todo era excelente, y la dueña de la casa fué muy elogiada.

—No soy yo—expuso Eva, un tanto confusa.—Elmira se cuida de todo.

—¿No habría medio de recibir lecciones?—preguntó Odette.—Mamá daría cualquier cosa por poder tomar semejantes refrescos. ¡Dichosa tú que tienes una

mujer capaz de ayudarte! ¡Pero yo tengo que aprender sola y me atasco, me aturullo! Por mí, me daría lo mismo; nunca me fijo en lo que como; mamá se alimenta sólo de huevos pasados por agua. ¡Pero mi tío y mi tía, que están en nuestra casa, ponen mala cara, cuando la comida no es excelente! Y eso sucede á menudo. ¡Todo cuanto se sirve en mi casa tiene un aspecto soberbio; pero en el momento en que se prueba, parece detestable! Evelina ponme un poco más de esa mantequilla tan deliciosa, en esta exquisita galleta... Yo no sabré, quizás, lo que es malo; pero conozco muy bien lo bueno.

Huberto no hablaba apenas: al abandonar las riendas de su caballo, había perdido un poco de su tirantez de juguete bien armado; pero la superioridad de su persona, no autorizaba conversaciones muy animadas; tal vez no estuviera su inteligencia á altura suficiente para sostenerlas. La Brève intentó, varias veces arrastrarlo en una corriente cualquiera de ideas; mas tuvo que renunciar á ello, para escuchar la charla de Odette, que era tan divertida como insustancial.

Al cabo de una hora se levantaron los jóvenes.

—Caballero, quedamos en que nos llevará Vd. á Evelina, ¿no es eso? Y la dejará Vd. una temporadita en mi casa...

—Iremos á visitarles con mucho gusto, señorita,— repuso La Brève.—Tendré un verdadero placer en presentar á mi hija á su señora madre. Pero dejarla allí... es ya otra cosa... Piense V. en la situación de un padre que hasta ahora ha estado privado de su hija, y que por primera vez tiene la satisfacción de poseerla...

—¡Es que se quedará V. también con ella!—replicó Odette poniéndose colorada hasta las orejas.

Había adquirido tan bien la costumbre de considerar al padre de Evelina como un cero á la izquierda, que no se dió la menor cuenta de haber cometido una inconveniencia.

—Muchas gracias, señorita, les visitaremos á Vds. muy pronto; entre tanto, sírvase presentar mis respetos á la señora de Trémégny.

Se dieron apretones de manos; padre é hija salieron para acompañar á sus huéspedes. Al ver á José, que había entablado amistad con el caballo, á pesar de su poco sugestivo traje, Eva sintió toda la falta de dignidad de su manera de vivir. Aquel caballo, con arneses de plata, cara á cara con su mal pergeñado sirviente, daba un ejemplo demasiado llamativo de la desigualdad de posición entre su familia y la de su antigua amiga. ¿Podría sostenerse cualquier amistad, en tales condiciones?

Cuando los jóvenes hermanos hubieron desaparecido á su vista, La Brève, rodeó cariñosamente, con su brazo, el cuello de su hija, y la condujo al jardín, diciéndole:

—¿Tienes gran interés en aceptar la invitación de esa amable niña?

Eva sintió algo oprimido su corazón, aunque muy poco, y respondió con voz ligeramente alterada:

—Naturalmente, papá. Las relaciones con que cuenta Vd. en los alrededores, no son muy numerosas, según creo; Vd. mismo me ha dicho que, desde la muerte de mamá, había descuidado las visitas á sus

vecinos... Me parece que en casa de Odette se ve á mucha gente...

—¿Te gusta ver gente?—preguntó el padre con melancólica sonrisa.—Es natural... Es propio de tu edad... y en casa de tu madrina te habías acostumbrado.

—No es precisamente por la gente—contestó Eva, —sino por la necesidad de...

La joven titubeó; no era fácil para ella completar su pensamiento; pero el padre lo había adivinado.

—Piensas que aquí no encontrarías con quien casarte... Tienes razón.

Permaneció un instante silencioso: y, notando, de pronto, que tal vez pesaría su brazo en el cuello de la niña, lo retiró.

—Papá—dijo ésta, algo ofendida por lo que consideraba, injustamente, como un reproche tácito,—¿le gustaría á Vd. que me quedase soltera?

La Brève se detuvo y la miró. No, en realidad, no podía admitir que su hija hubiese nacido para permanecer soltera, al verla resplandeciente de juventud y hermosura. ¿Pero, debía casarla en seguida, sin haber saboreado la alegría de conocerla siquiera? ¿Qué sabía él de su hija única, á no ser que era fina y bella?

—Deseo que te cases—repuso con un ligero suspiro,—y que tengas también la dicha de ser madre, á tu vez; pero será un poco difícil, querida, pues sin dote...

Evelina bajó la cabeza y se mordió los labios;

cuando se tiene diez y ocho años, se es extremadamente hermosa, muy inteligente y de buena familia ¿no es demasiado cruel oír semejante cosa? Pero era muy práctica, al mismo tiempo que inteligente, y sabía que su padre estaba en lo cierto. Sin embargo, á su edad se espera siempre lo inverosímil; ¿por qué no había de tropezar con un hombre amable y rico? Y si debía encontrarlo, sería seguramente en Trémégny, toda vez que allí acudían muchas gentes.

—Pues bien, padre—dijo con sonrisa ficticia, y palideciendo ligeramente,—si quiere Vd. casarme sin dote, tengo que dejarme ver... por consiguiente hay que llevarme á casa de Odette.

—No me opongo; pero hay un obstáculo: no tenemos coche ni caballo; ¿cómo nos arreglaremos?

Eva tuvo ganas de patear; pero esas cosas no deben hacerse; hay que quedarse con la intención. Después de detenerse lo suficiente para asegurar su voz, dijo:

—Alquilaremos un coche. ¿Es posible que no se encuentre un tálburi en este país?...

—La cosa más posible del mundo, hija mía. El único coche de alquiler es una carreta indigna, tirada por un mal penco que cojea.

—¡En ese caso, si no se puede alquilar, pida usted uno prestado, papá!—exclamó Evelina con tan seductora sonrisa, que su padre no pudo menos de entusiasmarse. Si continuaba sonriendo de aquel modo, sería capaz de volver loco á cualquiera.

—Trataré de hacerlo; pero te prevengo, que no será muy fácil.

La abrazó para compensar lo aflictivo de sus palabras, y penetró en la casa, mientras ella aparentaba recoger flores, cuando, en realidad, deseaba estar sola, para reflexionar.

Hacía un calor excesivo; instintivamente, buscando el fresco, Eva se dirigió hacia la alameda de tilos que conducía á la carretera, y caminó despacio por ella.

¡Sí! La vida era, en verdad, difícil; lo había leído en algunos libros, lo había oído decir á personas respetables, pero nunca lo había creído, y ahora estaba á punto de saberlo. ¿Cómo, sacar todo de la nada? ¿Todo lo que es envidiable y halagüeño? ¡El lujo, en una palabra!

Muchos otros, antes que ella, se han propuesto este problema y, aunque mucho más hábiles, no han podido resolverlo, á lo menos, honradamente. Había pues materia suficiente para ocupar las meditaciones de la joven por esa razón, caminaba mirando al suelo, empujando con el pie algunas hojas muertas, cuando un ruido extraño, producido detrás de ella, la impulsó á volverse.

Un gran perro danés, de color gris plomizo, corría dando saltos; al encontrar la mirada de Evelina se detuvo, algo inquieto. La niña, por su parte, tenía miedo del enorme animal; los ojos del perro y los de La Brève, se interrogaron un instante; luego, muy lentamente, el can, se acercó á ella, sumiso, y, bajando la cabeza hasta sus pies, parecía implorar su gracia.

—¿No eres malo?—dijo Eva, tendiendo la mano.—
¿No eres malo?

El lamió rápidamente las yemas de los dedos extendidos y empezó á brincar locamente en torno de ella.

—¿De dónde vienes? ¿De quién eres? ¿Cómo te llamas?—decía Evelina, entretenida; ven, que mire tu collar...

Pero el perro jugaba con la niña, en vez de dejarse coger; por fin se acercó, mirándola siempre á los ojos, é instaló en la delicada mano, su pesado y frío hocico. Cuando ella se inclinaba para leer la inscripción del collar, Max entró en la alameda, casi corriendo.

—¡Lord! ¡Lord! ¡ven aquí!—exclamó, apretando el paso, al ver á Evelina.—Señorita, le pido á Vd. mil perdones; ¿no le ha asustado este animal?

—¡Es manso como un cordero!—respondió Eva, acariciando con su mano el ancho cuello del perro.

—¡Vamos, menos mal! Yo temía... porque es tan grande como un tigre; pero supongo que será menos malo.

Evelina sonrió, un poco altiva; Lord, bajo su mano, parecía un pobre corderillo.

—Ha llegado esta mañana—continuó Max.—Mi tío ha pedido el mayor danés del mundo; y creo que no le han engañado.

—¡Lo mismo que con la bola!—observó Evelina.

Luego se arrepintió de haberlo dicho, pero ya era tarde; una delicada y maliciosa sonrisa apareció en el rostro de Buxy.

—Eso es, señorita. Pero me llama mi tío, ¿lo oye usted?

La voz de Nollard lanzaba gritos entrecortados, que podían interpretarse de distintos modos.

—¡Me parece, caballero, que no es á Vd. á quien llama!—repuso la joven, con muchas ganas de reír, y un deseo loco de mostrarse impertinente con aquel joven y desagradable vecino. Max aplicó el oído para distinguir los sonidos, que llegaban ya algo más claros.

—¡El demonio del animal!—gritaba Nollard.

—Tiene Vd. razón, señorita—dijo Max inclinándose gravemente,—no es á mf. Vamos, ven chucho, vamos á encontrar á tu amo, á tu buen amo...

Lord no se hallaba dispuesto á obedecer; seguía mirando á los ojos de Evelina, diciéndole muy claramente: «¡Guárdeme Vd.!» Max le cogió por el collar, y el perro ladró, enseñándole sus formidables colmillos.

—Si le mordiera—pensaba Evelina,—le estaría muy bien empleado.

La fisonomía del joven, tomó de pronto una expresión resuelta.

—¡Ea, Lord, nada de tonterías!—dijo, sin enfadarse, pero con tono firme; vamos á casa, amigo.

El gesto era tan seguro, y tan positivo el acento, que el perro no trató de resistir. Con una mirada de pena, siguió á Buxy, el cual se alejó después de saludar respetuosamente á su vecina.

Evelina se vió contrariada, sin saber por qué, y se volvió lentamente á su casa.

VII

El señor de La Brève tomó el partido más costoso, sí que también el más digno: mandó venir de Angers un cochecito inglés, que conservó dos días; ese modo de proceder le permitió, no sólo ir á Trémégny para cumplir la visita prometida, sino también efectuar otras varias en el vecindario.

Odette se hallaba sola en su heredad, con su madre, que padecía jaqueca; la víspera se había marchado una porción de visitantes, y esperaban otros que debían llegar al día siguiente. En esos días de calma y de limpieza, toda visita es intempestiva; por esa razón, no recibió Eva una acogida todo lo entusiasta que esperaba. Rechazó una invitación á comer, ofrecida sin insistencia, y todo se redujo á devolver una cortesía.

La joven verificó las demás visitas en tal espíritu de desinterés y tal sacrificio, que las despojaba de todo atractivo.

Cuando el señor de La Brève y su hija regresaban á su casa, distinguieron á Nollard, que se hallaba en el umbral de su propiedad, en compañía de su perro, el cual permanecía con la cabeza gacha y triste mirada.

—Buenas tardes, vecino—gritó el hombre de la bola.—¿Ha vuelto Vd. á montar su carruaje?

—No, lo he alquilado, simplemente—dijo La Brève,

ve, con un deseo manifiesto de no prolongar la conversación.

—¿Para que pasee su encantadora hija? ¡Caramba! ¿Cómo no he caído antes? ¡Hace falta ganas de molestarse con un alquiler, teniendo yo ahí tres caballos y dos coches que no me sirven para nada! Los pongo á su disposición.

Eva le dió las gracias con una inclinación de cabeza, acompañada de una sonrisa. ¡Aunque le encontraba ridículo y mal educado, tres coches y dos caballos puestos á su disposición ya era algo!

La Brève murmuró cortésmente frases de agradecimiento, y entró en la avenida.

El perro les siguió con los ojos, melancólicamente. Aun estaba Eva en la escalinata, cuando el galope fantástico de Lord, hizo volar una nube de hojas secas, entre las cuales llegó como un torbellino.

—¿Me quieres, por lo visto?—le dijo Eva, acariciándolo.—¡Pero, vétel! ¡si no te van á regañar!

Lord no se preocupaba la menor cosa; había entrado una gran piedra y se empeñaba en ofrecérsela, como homenaje, á la joven.

—No quiero que te peguen—continuó Eva.—Ven, yo te llevaré, y luego, cerraré la valla.

Al llegar al final de la avenida, pudo cerciorarse Eva de que el vallado, que, una vez cerrado impedía el acceso de los demás animales, era insuficiente para el perro; apenas lo hubo ella cerrado, el can tomó carrera, y saltando por encima de la valla, se encontró junto á la joven, visiblemente satisfecho de su acción.

—¿Dónde se ha ido este maldito animal?—gritaba Nollard, llamando á todos sus criados.

Evelina abrió por segunda vez y empujó suavemente á Lord, hacia la carretera, cuando apareció su propietario con el rostro congestionado por la cólera y los gritos. Al ver á la señorita de La Brève, se calmó instantáneamente.

—¿Estaba con Vd., señorita? No podía encontrarse en mejores manos. Me parece que le ha tomado á Vd. cariño. ¡Tiene muchísima razón! No es difícil á un perro, poder discernir la gracia y la belleza...

Evelina hubiera dejado de ser mujer, si hubiese podido resistir la maliciosa coquetería que le invadía interiormente.

—Su perro es muy bueno, caballero—dijo Eva, —pero si quiere hacer de él un compañero, deberá tenerlo atado...

—¿Para que no pueda volverla á ver? No me atrevería á infligirle tal privación—repuso Nollard dándose importancia.—Que se quede, en compañía de Vd., ya que le gusta!... Así tendré ocasión de venirle á buscar de vez en cuando.

Con un saludo y una pirueta, que él creía muy distinguida, regresó el hombre á sus dominios.

Lord permanecía indeciso, entre el temor á los latigazos y su inclinación hacia Evelina; la joven sacó su pañuelo agitándolo para que se alejara el can; y éste, humilde y resignado, siguió á su amo.

Max había oído la conversación; Nollard se lo encontró á diez pasos.

—¿Escuchabas, tras de la puerta, sobrino?—le preguntó.

—Tras de la reja, en todo caso, señor tío. Habla Vd. lo suficiente alto, sea dicho sin reproche, para ser oído sin que le escuchen.

—Esa joven es muy amable, y además muy bien educada... ¿No dices nada? ¡Apostaría á que no te gusta!

Buxy titubeó un momento.

—Sea—dijo,—admitamos que no me gusta. Es cosa de poca importancia.

Su tío le miró de reojo, hizo ademán de querer hablar, pero se contuvo. Al cabo de un rato de silencio, exclamó:

—Ya ves lo que pasa. ¡Tienes envidia!

—¿Yo?—repuso Max, estupefacto.

—¡Sí, tú! ¡Hazte el tonto! Tienes envidia porque esa encantadora niña, me hace á mí más caso que á ti. Eso prueba que ella tiene gusto y buen criterio; pero á ti te molesta...

—¡Bah! Bueno, tío, con tal de que se divierta Vd. con eso, es lo principal. Por otra parte, como debo marcharme á París la semana que viene...

—¡No me habías hablado de eso! ¿Te vas por despecho?

—Si supone Vd. eso, tío, va á obligarme á que me quede.

—¡Oh! quédate. ¿Quién te dice que te vayas? ¡Pero, hazme el favor de portarte convenientemente!

El joven tenía ganas de contestar; mas juzgó que la cosa no merecía la pena; y dejando que Nollard se

cuidara de sus ocupaciones de propietario, se internó, con bastante mal humor, en el parque.

¿Por qué permanecía con aquel hombre desagradable, fastidioso, mal educado, cuando le hubiera sido tan fácil regresar á París; ó realizar una excursión por las orillas del mar? ¿Por qué aceptaba esa situación, dependiente, de pariente casi pobre recibido en casa de un tío muy rico?

Pues, precisamente, porque tenía la libertad para marcharse; nada hace tener tanta paciencia como el saber que puede uno huir del mal. Y además, en el fondo de la buena alma de Buxy, se ocultaba otra cosa: se compadecía de aquel ser desequilibrado, á quien la fortuna sólo obsequió con alegrías materiales, y que, ahora, no teniendo nada que hacer, se aburría á rabiar, cuando no se hallaba acompañado.

El desgraciado Nollard no era malo; hasta era capaz de hacer bien, por capricho; pero, habiéndose burlado toda su vida de los filántropos que se despojan de todo para socorrer á los ingratos, era bienhechor, después de mirar para sí mismo; pero la verdadera caridad debe ser sazónada, como un buen fruto, que, cogido verde, causa más mal que bien.

Max se tranquilizó respecto de su marcha. Puesto que podía irse de la noche á la mañana, y ya que los quince francos diarios que su fortuna personal le aseguraba le autorizaban á firmar su independencia, se quedaría para complacer á su tío.

Y si la idea de la herencia posible y probable no era del todo ajena á su longanimidad, pudo asegurarse

descendiendo hasta el fondo de su alma, que no era aquella lo que le guiaba.

Es verdad que Nollard no tenía más herederos que él, y el joven, desde su infancia, había aprendido á considerarle como el Crespo que le enriquecería algún día; pero este día podía estar muy lejano: Max sabía, por las leyes de estadística, que un tío de cincuenta y siete años puede sobrevivir á un sobrino de treinta, y, como muchacho formal que era, no había descartado nunca ese porvenir incierto.

Por otra parte, su naturaleza se oponía á todo cálculo interesado; se había aficionado demasiado al estudio para poder tener otra ambición que no fuera la de crearse un nombre en la ciencia. La preparación de un gran trabajo histórico había absorbido cuatro años de su vida, y ahora estaba en disposición de emprenderlo; pero antes de sumirse en él por mucho tiempo, retrocedía un poco, deseoso de descansar aún unas cuantas semanas... el invierno se le haría largo, en las altas salas de las bibliotecas, á la caída de la tarde, con la débil claridad de su lámpara, durante las veladas de laborioso encarnizamiento; ¡y es tan delicioso el mes de octubre, en aquellas riberas del Loire! Esperaría á octubre, á fines de octubre, ¿quién sabe? Tal vez el veranillo de San Martín.

Max hubiera debido estar completamente tranquilo, después de arreglar así sus planes; y sin embargo, en el fondo de su ser murmuraba cierto descontento. Luego de haber arrojado varias veces el importuno pensamiento, lo cogió con ambas manos para luchar con él.

¡Decididamente, sí! Había hecho mal en hablar á su tío de la señorita de La Brève, en la forma que había hablado.

No hay duda que ella tenía algo de desagradable, casi de hostil; pero él no la conocía; Evelina debía de tener ciertas cualidades; con aquellos ojos, aquel rostro, y un padre como el que poseía ¡porque el señor de La Brève era encantador! no podía menos de tener algún mérito; ¿por qué había zaherido Max la vanidad de Nollard?

¿Por qué, sabiendo que era fatuo como Adonis, (con el cual no tenía más analogía que esa) había inspirado al buen hombre la idea de que era agradable á aquella niña, joven y, en medio de todo, encantadora?

¡El conocía la buena suerte ideal de su tío! Nadie se hallaba más pronto que su tío para escamotear cualquier mirada que pasase por él y atribuirse su honor; según Nollard, todas las mujeres se volvían locas por él, y, naturalmente, en verano, Buxy era su confidente; durante sus largas ausencias Max se creía, con cierto fundamento, reemplazado por el ayuda de cámara. Sabía las pruebas de reconocimiento que el desgraciado Nollard llevaba á los pies de sus Dulcineas, tan ingenuamente extrañadas, á veces, como lo fué la dama de los pensamientos de don Quijote al recibir sus homenajes.

Pero nadie puede abrir los ojos á un hombre que se cree irresistible, y Nollard seguía figurándose ser el blanco de todos los fuegos.

Esta era la razón que, sin desengañarle, le había obligado á vivir casi solo; padres, hermanos y mari-

dos, poco amigos de tan ridículas manifestaciones, huían de él con las mujeres de su parentela, cada uno según su temperamento, unos, sin afectación, otros más abiertamente.

—¡Tienen celos!—decía Nollard, á quien esa idea consolaba de todo.

Y he aquí que por malicia, ó por indiferencia, Max había atraído la atención de su estúpido pariente hacia Evelina. Eso era una broma, pero de un gusto deplorabile.

Pensando en la cara delicada y fina del señor de La Brève, Buxy se avergonzaba de sí mismo; y, para concluir su meditación, decidió quedarse... por remordimiento, ó acaso por curiosidad.

VIII

Llegó el otoño, con sus intensas lluvias, las hojas de los árboles caían, un velo de niebla ocultaba las pequeñas colinas del Loire; Evelina se aburría. La numerosa chiquillería de José y de los suyos, acudía á la escuela, y entonces se percató la joven de que aquellas caritas despejadas, aquellas enmarañadas pelucas y los piececitos desnudos, que siempre corrían y brincaban, habían dado gran animación al patio, al jardín y hasta á la cocina.

Unicamente Lord permaneció fiel. Llegaba en todo tiempo, á veces mojado, enlodado siempre; tenía un modo propio de abrir las puertas, apoyando su hocico en el picaporte, sistema que regocijaba á todo el mundo, excepto á Elmira, porque ensuciaba los azulejos que resplandecían de limpieza.

El perro tuvo buena acogida, á pesar de sus travessuras; tenía la docilidad de los animales inocentes, no obstante su pelo á veces erizado, y sus colmillos de marfil. Entraba, dirigía una mirada amistosa al señor de La Brève, sonreía á Evelina, replegando sus negros labios sobre sus brillantes dientes, jugueteaba con ella un momento, luego, se extendía perezosamente á sus pies y así permanecía horas muertas, con un ojo cerrado, en prueba de sueño, y el otro abierto en señal de vigilancia.

A medida que los días pasaban, Nollard iba más á

menudo en busca de su perro; se sentaba cerca de Evelina, y le dirigía todas las flores de su repertorio.

Ella las recibía, sonriente, como cosa debida; pero La Brève estaba serio y frío; pues algo indefinible que existía en los modales del gañán, puso alerta la sensibilidad de percepción del anciano; sin juzgarle peligroso, le creía atrevido, y sintió la necesidad de custodiar bien á su tesoro.

Algunas veces, si bien raramente, Max acompañaba á su tío; su entrada era saludada siempre con una sonrisa de La Brève; estos dos hombres tenían siempre algo que decirse, y su conversación, animándose pronto, dejaba á Nollard embarrancarse como un hipopótamo en el pantano de su dialéctica cumplimentera.

Un día que se reproducía una de estas escenas, apareció Huberto de Témégny. Presentado á los vecinos, los saludó secamente, volviéndoles en seguida la espalda; y Buxy, al notarlo, se caló los lentes para examinar con atención al intruso.

—Mi hermana me ha encargado—dijo Huberto,—que entregase á Vd. esta tarjeta, señorita; hubiera venido conmigo; pero la carretera está realmente... imposible.

Huberto pareció quedarse satisfecho por haber encontrado esa palabra, que le costó bastante trabajo. Evelina leyó la tarjeta de su amiga, y se la alargó á su padre.

—Odette es muy amable—repuso la joven,—y le suplico á Vd. que dé las gracias en mi nombre, á su señora madre; pero el tiempo no es á propósito para

grandes excursiones, en esta estación... si no tiene Vd. inconveniente, papá, diremos á la señora de Trémégny, que tenga la bondad de dispensarnos, por esta vez.

—Ya me lo figuraba—dijo Huberto,—y se lo he dicho á Odette: aun á caballo, puede, en caso de necesidad, emprenderse la caminata, y, sin embargo, se pone uno perdido...—Dió una ojeada á sus botas, cuidadosamente embetunadas, por Elmira, cuando entró.—Pero no se apuren por eso; les enviaremos nuestra carretela.

—Es Vd. demasiado complaciente—dijo La Brève; —pero creo que será mucho mejor esperar á la primavera.

—¡La primavera!—exclamó Huberto, con cierta especie de animación.—¿Todo el invierno sin ver á Vds.? ¡Odette se moriría de fastidio!

Evelina pensó que Odette no había demostrado tanta pena por su ausencia, en dos meses que transcurrieron desde su primera visita; no le perdonaba el no haber tratado de volverla á ver, y se prometió hacerse de rogar antes de aceptar cualquier invitación. Después de asegurarse, con una mirada, de que su padre era del mismo parecer, reiteró su negativa, muy cortésmente, pero también con mucha firmeza.

Huberto dejó ver su gesto de contrariedad, más acentuado de lo que se le hubiera creído capaz.

—¡No me atrevo á volver á casa!—objetó él.—¡Buen recibimiento me harían!

Buxy se había levantado, hacía ya un momento; viendo que Nollard, con las manos en sus rodillas, no

quitaba ojo al recién venido, le empujó suavemente, y, encontrando la misma resistencia que en un roble, le pellizó no muy fuerte, en un brazo. El tío dió un salto.

—¡Ea, tío!—dijo Max, en voz muy baja.—¡Vámonos!

Nollard, de mal humor, se levantó y se despidió. Apenas hubieron salido, dijo, enfadado, á su sobrino:

—¿Por qué me has hecho salir? Hubiera querido saber lo que ese mequetrefe les contaba.

—Pues precisamente, eso es lo que debemos ignorar, tío.

Nollard dió algunos pasos, en silencio.

—Mira, el perro se ha quedado allí, ¿quieres que volvamos á buscarlo?

—¡Deje Vd. en paz al pobre animal! Con Vd. se aburre, demasiado lo sabe. Ha encontrado su felicidad, no se la quite.

—¿Crees que á ese hombre de palo le gusta la chiquilla?

—¿La de La Brève? ¡Yo qué sé! ¿Y, además, qué puede importarnos á nosotros?

—¡Toma! ¡á ti, nada absolutamente! ¡Pero á mí!

—¿A Vd.? eso es otra cosa.

Nollard había abierto la verja de su propiedad, dejando á Max el cuidado de cerrarla, y caminaba cabizbajo, muy preocupado.

—Esa invitación—continuó, cuando Max le hubo alcanzado,—es rara, no me parece muy natural... Me parece que ha venido á cortejar á la muchacha.

—¿Y aunque así fuera?

—¡Pues eso es lo que yo no quiero! ¿No has comprendido nada? ¡No eres muy malicioso, sobrino! ¡Mírame bien! ¿Me ves, no es verdad?

—Sí, le veo, tío—replicó muy serio Buxy.

—Pues bien, aquí, donde me ves, pienso casarme con Evelina. ¡Sí! ¡Y todavía me preguntas lo que puede inquietarme la intervención de ese hombre autómatá!

Max no se extrañó gran cosa; ya había tenido, más de una vez, la intuición fugitiva de aquella idea magistral en la mollera de Nollard.

—Bueno, ¿qué opinas tú?

—Yo, querido tío, digo, como en aquella comedia: sólo consiste en Vd. el casarse, si ella quiere.

—¿Si ella quiere? ¡Yo te digo que quiere!

El pensamiento de que su tío podía tener razón, atravesó el cerebro de Buxy como un cuchillo bien afilado. Si Evelina quería esa cosa monstruosa, tal vez por esa razón la hubo tomado antipatía, con su perspicacia.

Pero en seguida la vió inocente, maliciosa, juguetona y coqueta, entreteniéndose con su tío como se entretenía con el perro, y comprendió que aquello era imposible, que ella no aceptaría.

Al mismo tiempo, Max le pedía, mentalmente, perdón, por haberla creído capaz de semejante disparate. Por más que uno odie á una joven, no hay razón para atribuirle tan malos sentimientos.

—¿Sabes lo que voy á hacer?—dijo Nollard, que continuaba su razonamiento.—Mañana mismo, la pido en matrimonio. ¡Aprovechemos, ahora que la cosa va bien! ¡Pero qué cara pones, sobrino!

—¿Yo?—repuso Max.

—¿Sí, pones mala cara, porque te ves desheredado de repente?

—Tío, no diga Vd. eso, ni en broma—dijo el joven, enfadado.—Nunca le he dado derecho para creermelo interesado...

—Tienes razón, tienes razón. ¡Pero, en fin, interesado ó no, hete ya desheredado! ¡Pues bien! No. Sobrino, has sido para mí un buen muchacho, un amigo, y te legaré tu parte, puedes estar tranquilo. Ya arreglaremos eso con Evelina, pues estoy seguro de que tampoco ella es interesada.

—¡Por amor de Dios, tío, no hablemos de eso! Mire, para no molestarle en sus proyectos de matrimonio, y como no necesita Vd, ya confidente, me marcho hoy mismo; hay un tren á las cuatro y diecisiete. Precisamente es el que me conviene. Tengo tiempo para arreglar el baúl...

--¡Poco á poco!—exclamó Nollard, agarrándole por un brazo;—todavía te necesito. ¡Diablo! yo no puedo ir, en persona, á decir al padre: «Soy fulano, tengo tanto y cuanto de fortuna, ¿quiere Vd. concederme su hija?». Me hace falta un embajador, y ese embajador serás tú.

—¡Muchas gracias!—repuso Max, desasiéndose de la mano que le sujetaba.—No tengo yo representación bastante. Busque otro director del protocolo. ¿Yo, detallando sus cualidades, sus méritos y sus títulos de renta? ¡Parecería un imbécil, y, salvo respeto, usted otro!

—¿Pues quién, entonces?—gimió Nollard, acomodo-

dándose en una butaca, porque, durante el diálogo, habían llegado ya al fumador.

—Esas cosas debe hacerlas uno mismo, ó un notario; pero yo le recomiendo que no interponga un tercero en los asuntos del corazón; si se tratase de compras ó ventas, ya sería otra cosa.

—¿Quieres que haga la petición yo mismo?

—¡Naturalmente! De ese modo si su proposición agrada, lo sabrá Vd. en seguida, y si no agrada, nadie más que Vd. conocerá el secreto de su contrariedad.

—Tiene razón, este muchacho—pensó Nollard.

Se quedó intranquilo un momento, luego se sosegó.

—Agradará—dijo, introduciendo, con aire triunfal, sus pulgares en las sisas del chaleco.

IX

Al siguiente día, á las diez de la mañana, se presentó Nollard en la Roseaie.

Densa niebla cubría el valle, y, por la parte de Angers, el sol aparecía, á intervalos, entre el vapor, semejante á una de estas obleas blancas que, abandonadas en un cajón, se han vuelto amarillentas.

Pero el propietario de los Housseaux, no era de los que ceden á la influencia de las circunstancias exteriores; entró con la cabeza levantada, el pecho saliente como cuadra á un hombre rico que va á solicitar la mano de una señorita sin fortuna.

Evelina se hallaba en pie, junto á la ventana, contemplando la bruma, que empañaba las camelias, aun en capullos, que estaban instaladas en una canastilla próxima.

La niña pensaba tristemente: «Noviembre, diciembre, enero, febrero... En marzo habrá violetas y camelias en el jardín, José me lo ha prometido; en abril habrá primaveras y narcisos... ¡Lo mismo me da! En Nantes se divierte todo el mundo, mis amigas asisten á los bailes, mi antipática madrina tendrá recepciones en su casa, en Vigeran, yo debía dirigir el cotillón. ¡Qué necesidad tenía, esa solterona, de casarse! El matrimonio se ha hecho para los jóvenes...»

Al llegar á ese punto del monólogo mudo, penetró Nollard.

—¡La encuentro á Vd. sola, señorita—dijo con voz